

pero el hombre casi siempre está fuera de lo que es razonable y justo; su gozo toca á la embriaguez de la locura, y su luz toca al abatimiento de la desesperacion."

Pied-Blanc, á las primeras palabras de Natividad, se lanzó hácia la reja; y en tanto que la otra religiosa me hablaba, mi hermana acariciaba á su antiguo amigo. "El tiempo de nuestros juegos, dice ella, ha pasado hace mucho tiempo, ¿qué vienes á pedir á la hermana Luisa?"

Habia en la espresion de su voz una melancolía profunda. Comprendí bien que Natividad cumpliera realmente una penitencia, y que no habia nacido para la vida del claustro. Ella no procuraba disfrazar su pensamiento. "Adrian, dijo ella sonriendo, no me resta del pasado mas que mi rueca y mi copo; pero esto es demasiado para llenar de recuerdos mi pequeña celda.

Frecuentemente ocupada en hilar cerca de mi ventana, escucho el ruido de la rueca que mi pié hace voltear, y creo oirla murmurar á mi oido, aires, historias y nombres que quisiera mejor olvidar. Un aroma de sauco se esparcia al rededor de mí; me inclino al borde del lavadero: siento una flor de sauco que rosa mi mejilla. Entonces, si un pájaro viene á cantar sobre nuestro viejo edificio, lo veo saltar de un lugar á otro, y despues volverse, y me digo que es feliz. Si una barca deja el puerto y descende por el rio, al verla alejarse pienso que va á pasar delante del Cabo, y no puedo evitar el llorar en silencio.

Escuchaba enagenado á mi hermana. Sacrificando su libertad, no habia cesado de amar la casa paterna y de volver á ella sus ojos. Correr con los pies desnudos por la arena, salvar el arroyo con la ligereza de un siervo jugeton, recorrer los oteros, los bosques, apoyada en su varita de abeto, ¿no era esto la mejor mitad de su existencia? Su carácter, que he procurado haceros conocer, tenia hábitos serios mezclados con otros de una jovialidad infantil: le habia sido necesario renunciar á estos. ¿Cómo hubiera podido olvidarse de todo?

"Llegamos los dos al tiempo de nuestra gloria. Ahora, dijo Natividad, nuestros caminos son diferentes; pero consolémonos con la certidumbre de que ellos se tocarán en un mismo punto, y que nos encontraremos. ¿Te acuerdas? ¿os acordais, amigo mio, de la divisa de los señores de Kérérault; esa divisa que hemos leído juntos muchas veces sobre una piedra del muro de su viejo mirador: *¡Mervel da veval!* ¡Morir por vivir! Sí, lo que los hombres llaman la vida, será la muerte para nosotros. ¡Mas allá de la tumba, en el cielo, es donde comenzará nuestra vida!

— "Oh! sí, dije yo, repitiendo las palabras de mi hermana: ¡Morir por vivir! La vida es la reunion del amor, de la verdad y de la dicha, y aquí abajo nos faltan las dos últimas; sí, nos faltan, y nos hacen el amor demasiado amargo.

— Que esta parte de la vida, os ayude al menos á conquistar las otras, agrega la compañera de Natividad. La flámula tiende siempre á su-

bir al cielo; no seais de aquellos que procuran rebajarla ó sofocarla sobre la tierra.

Reanimado por la virtud de estas dos mugeres, repetía con entusiasmo la divisa de los Señores de Kérérault. Natividad con las manos juntas me daba las gracias con una mirada llena de fé ardiente y de una santa ternura, y levantándose luego tomó la cruz de su rosario y la llevó á mis labios. Besé muchas veces este signo de dolor y de esperanza. "Señor, dije yo, vos habeis prometido el consuelo; vos habeis prometido dar todo a aquellos que todo lo han perdido: me pongo en vuestras manos, me apoyo en vuestro corazon, y aguardo el cumplimiento de vuestras promesas.

Era tiempo de separarnos. "No nos debemos ver mas en este mundo, me dijo Natividad, en el momento en que su mano corria la cortina detras de la reja. Si volveis á Bretaña, no preguntéis por mí. No soy Natividad, sino la hermana Luisa: debo olvidar el pasado, para ver solo el porvenir. Natividad ha muerto, pero ella resucitará y la encontrareis en otra parte.

Cuando acabó de hablar, ya no la veia. La misma tarde me puse en camino para volver á Rochefort.

Poco me queda que decir para terminar esta historia. He visto muchas veces la Bretaña, y, como me lo esperaba, no he vuelto á ver al anciano sacerdote. En cuanto á Natividad, dócil á sus órdenes, uo procuro ni verla, ni preguntar nada de su vida. Solamente cada vez que he venido, he entrado á la capilla del mo-

nasterio á la hora de completas, y he escuchado los cánticos sagrados. Muchas veces he reconocido la voz de la hermana Luisa; pero desde hace cerca de diez años, una voz estraña la reemplaza, no la he oido mas. "¿Qué podré agregar aún? Mas de veinte años de viaje en la mar, me han hecho mi profesion de marino, si no agradable, al menos familiar, y desnuda de las prevenciones que en su contra me inspiraba al principio. He perdido un poco de esa sensibilidad casi femenil, de esa ternura excesiva, de esa imaginacion exaltada, que hicieron los tormentos de mi juventud. El horizonte se ha ensanchado delante de mí: mis votos, en lugar de limitarse á una pequeña península, suben en las alas de la oracion á las regiones del infinito. Frecuentemente me sucede que cuando desciendo á mí mismo, me encuentro con mis veinte años y las pasiones que me agitaban entonces. Entonces el aislamiento me pesa como el mármol de una tumba; mis ojos buscan en mi derredor miradas amigas, y balbuceando mis labios los nombres de esposa y de hijos, estiendo el brazo para abrazar las sombras.

Privado de los dulces lazos de la familia, frecuentemente deploro mi triste libertad. Mi barca puede llegar despues de una larga ausencia; nadie corre á saludar las velas pensando en mí, nadie espia el ruido de mis pasos en la escalera y no se trasporta de placer diciendo: "Él es!"

Cuando me ausento, ninguna muger, ningun niño se adhiere á mi vestido, implorando el que permanezca un instante mas. Estos desgarrado-

res pensamientos hinchan mi corazón, y en esas horas de abatimiento y de sufrimientos morales, vuelvo á desear morir, porque mi existencia, tal cual es, no importa á nadie. Despues me vienen á la memoria las últimas palabras de Natividad, y me digo que si Dios hubiera favorecido mis deseos, satisfecho de mi parte de felicidad en este mundo, tal vez no hubiera soñado en los bienes siempre durables. El gozo es como el sol, porque al verlo demasiado vuelve ciego. ¿Sé yo si tengo en efecto el derecho de quejarme? El matrimonio tiene tambien sus tristezas y la paternidad sus dolores. En todas las situaciones en que el hombre se encuentra, lo que puede hacer de mas sabio, es volverse á su padre que está en los cielos, y decirle: "¡Señor, que se haga tu voluntad!"

FIN.

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920